

residen muchas personas cuyo principal y casi exclusivo goce es el de la mesa.

En este día formó en la linda plaza nueva el batallón de *auxiliares*, donde fué revistado y arengado por el general Serrano, acompañado de Concha y de todo su estado mayor. Tiempo era de que descansaran los defensores de la invicta villa, quienes cesaron de dar toda clase de guardias.

El día 4 se embarcó para Santander, desde donde salió inmediatamente para Madrid, el presidente del Poder ejecutivo de la República, con objeto de arreglar la cuestión política que traía divididos á radicales y conservadores y á unos cuantos desengañados de la naturaleza, pero no del nombre de la república, llamados republicanos de orden. Quedó Concha de general en jefe: dejó descansando unos pocos días al ejército y emprendió luego el camino de Castilla para desarrollar su plan estratégico, que me es desconocido.

Quedó en Bilbao y sus cercanías, cubriendo la ría hasta el mar, una división de 8 á 10.000 hombres, encargada de proteger al mismo tiempo las obras de fortificación necesarias para su defensa. Estas son las siguientes, además de las que hoy existen:

En la orilla derecha se establecen tres fuertes en la cordillera de Archanda, precisamente uno de ellos sobre los puntos en que los carlistas tenían sus baterías: el último corresponde al monte de Banderas. Se fortifica también el vecino de San Pablo, el de Aspe y la altura de Lejona, inmediata á la vega de Lamizaco. Estos fuertes protegen la ría y aseguran toda su orilla derecha de cualquier intentona carlista. En la izquierda se fortifica la altura de Cobetas que domina á Castrejana, el Desierto y las dos colinas de San Roque y Campanzar, que se hallan sobre Portugalete.

Esta orilla izquierda quedará perfectamente en toda la parte baja de la ría, incluso Portugalete; pero no asegura á Bilbao de un ataque por este lado, si los carlistas llegan á disponer de piezas de gran alcance. Verdad es que es muy difícil fortificar dicha orilla, porque está constituida por montañas sucesivamente dominadas unas por otras, y que exigirían grandes gastos y una guarnición colosal, así como tampoco es fácil que los carlistas lleguen á poseer buena artillería.

Esto se debería haber hecho al comienzo de la guerra; pero achaque es de nuestro país hacer las cosas tarde y mal. Las mismas fortificaciones actuales de Bilbao adolecen de este defecto, y acusan que se ha variado frecuentemente su plan obedeciendo á cuestiones del momento.

Todas estas fortificaciones son de las llamadas pasajeras, suficientes para esta clase de guerra. En el momento que escribo estas líneas se están realizando con bastante actividad por nuestros ingenieros militares. Trabajan en ellas, gratis, los obreros arrancados de los pueblos cercanos, aplicando así los procedimientos de los carlistas y manteniendo las tropas que

los custodian á cargo de los mismos pueblos, al ménos en ciertos artículos.

Para el artillado de estos fuertes hay ya dispuestos veinte cañones de bronce de á 16 centímetros y varios de 12. Los que ha habido en los fuertes de Bilbao del primer calibre se inutilizaron todos, y en ellos había cañones hasta de 8, impropios de un fuerte. Toda esta artillería es ya anticuada y debe ser sustituida por los sistemas de piezas que se cargan por la recámara. El estado de nuestro tesoro no permite, sin duda, que haya una sola de éstas en los fuertes de Bilbao, y quizás se crea también que para luchar con los carlistas, peor surtidos aún que nosotros, bastan las piezas rayadas de bronce.

Nótase á este propósito una gran diferencia entre el armamento ligero y el pesado de ambos ejércitos. Las piezas Krupp de nuestra artillería rodada son excelentes; el cañón Plasencia no es más que uno de estos en pequeña escala, llevado á lomo, y una cureña ligera y bien entendida, que se trasporta de igual modo; pero fuera de esto, toda nuestra artillería de plaza es pequeña y antigua.

En cuanto á los fusiles Remington de nuestro ejército son buenos, y los carlistas tienen algunos batallones armados con ellos. La mayoría de estos, sobre todo los vizcainos, usan un fusil Berdan reformado, de gran calibre, de mucho alcance y seguridad en el tiro; fuerte, pero pesado. Lo manejan bien, y hay entre ellos muy buenos tiradores. De aquí el mortífero fuego de su infantería, sobre todo cuando se parapeta en trincheras.

El efecto moral causado entre los carlistas por el levantamiento del sitio de Bilbao ha sido desastroso: en vano han procurado levantarlo sus jefes. Para que sirva de muestra, y en confirmación de este aserto, citaré la orden que el día 2 de Mayo se dió á las huestes vizcainas. Después de recordar la heroica muerte y la consecuencia política de Andéchaga, concluye de este modo dicha alocución:

«¿Creeis, por ventura, que la retirada de frente á Bilbao es más que una operación, sensible en cierto modo y bajo cierto aspecto, pero muy frecuente en los azares de la guerra? ¡No! Antes de pocos días volveremos á emprender nuevas y gloriosas empresas, y las armas del Rey, protegidas por la Divina Providencia, recuperarán muy pronto, no lo dudeis, el terreno que hoy cedemos, no ante la inmensa superioridad del número y de los elementos, sino tan sólo por no exponernos á un retroceso grave.

»¿Queréis llevar la nota de ingratos á la memoria de Andéchaga, que imprimiria en vuestras frentes una hora de desaliento, ó preferis orlar vuestra sien con el laurel de la victoria, alcanzado á fuerza de valor y de constancia? Os conozco: sé que sois Euskarrós; que amais la honra más que la vida, y no vacilo en responder al Rey y á Vizcaya de vuestra fe, de

vuestro entusiasmo, de vuestra indomable constancia. ¡Adelante, pues, y siempre adelante! Que la fe vive entera en nosotros; alienta el corazón al impulso de la noble causa que defendemos. ¿Qué os falta? ¿Un jefe? Yo lo soy de vosotros por la voluntad del Rey. Poco valgo, nada merezco; pero sé al menos morir como bueno al frente de tan leales batallones, y en esta confianza os saluda conmovido, pero cada vez más animoso y resuelto,

»Vuestro Comandante general, que no cesa de exclamar: ¡Viva la Religión!—Viva Carlos VII, Rey de las Españas y Señor de Vizcaya.—¡Vivan los Fueros!—EL MARQUÉS DE VALDE-ESPIÑA.»

Se han presentado á indulto algunos carlistas en los días posteriores al levantamiento del sitio de Bilbao, pero han sido en corto número, ya por la vigilancia que ejercen los carlistas, ya porque castigan éstos severamente á los padres de los presentados. El terror y la fuerza mantienen en las filas á muchos que anhelan abandonarlas. No contribuyen poco á este efecto los centenares de oficiales que se hallan entre ellos procedentes del ejército liberal, y que desertaron al oír en aquel la célebre voz de la indisciplina, instigada por la federal, la cual decía *que bailen*.

Se celebró una reunión por los apoderados de los pueblos vizcainos, quienes acordaron continuar la guerra y levantar recursos para proveerse de artillería, que es la principal falta de los carlistas. Al mismo tiempo reclamaron contra la inversion de los fondos que habia hecho su Diputación. El fanatismo y la terquedad han triunfado de la razón.

Los pueblos se hallan agobiados de cargas, pero sus recursos de alimentación son aún vastísimos. El ganado abunda y los campos se cultivan. Creen algunos que aislando las Provincias Vascongadas se llegaría al extremo de que éstas carecieran de provisiones para su alimentación. Esta idea es falsa, y si bien no habria prosperidad, de fijo no sería temible el hambre: el número de cabezas de ganado vacuno es considerable.

A este propósito voy á hacer consignar la opinion de un amigo mio, uno de los principales mayorazgos del país vascongado, y que ha desempeñado en él los primeros cargos; es hombre muy original en sus ideas y procedimientos, arqueólogo y erudito. Cree como yo que el país encierra medios de alimentación que se reproducirán indefinidamente; como liberal deplora la guerra y ha tomado parte activa en favor de su idea; pero como vascongado se alegra de los medios de resistencia que han opuesto los euskaros al paso del ejército liberal en Somorrostro, teniendo en jaque á España entera.

Peró donde hay mayor originalidad en la opinion de mi amigo es en la parte relativa á las causas de la guerra. Son éstas ni más ni ménos que de origen socialista, predominando el odio del campesino contra

el bilbaino, como símbolo de ataque del colono al propietario. Los inquilinos vascongados disfrutaban generalmente de padres á hijos de sus tierras, y concluyen por creer que tienen más derecho sobre ellas que su legítimo propietario, gracias al cariño y trabajo que las ofrecen. Este socialismo está sostenido por el clero, reclutado casi exclusivamente entre las clases más pobres de las Provincias Vascongadas, y no muy ilustrado.

Este carácter socialista domina en el fuero y la existencia de bienes comunes, dando á los pueblos la propiedad de las minas, montes, marismas, etc., le sostiene. Todo movimiento social tiene su origen en un interés material inmediato de los sublevados. Tal es la idea de este mayorazgo, quien no atribuye á la cuestion religiosa un papel decisivo en esta guerra, pues á juzgar por las frecuentes quejas de los pueblos contra los curas y del alejamiento en que los ha tenido siempre el fuero, prueba que no son ellos los que pueden decidir un levantamiento de esta especie.

Sin ir yo tan léjos como mi amigo, debo reconocer el bienestar de que aquí disfrutaban las clases pobres antes de la guerra. El enorme consumo de vino que hacen estas provincias, prueba que no reinaba en ellas la miseria. Verdad es, que la falta de quintas y de contribucion directa para sostener los gastos generales del Estado permitian una prosperidad superior á la de las provincias no privilegiadas, además de la indisputable laboriosidad de sus hijos. Toda la administracion local está basada en la descentralizacion administrativa y en el empleo de contribuciones indirectas, las que recayendo sobre pueblos pequeños, donde la vigilancia y moralidad pueden ser eficaces, reúnen las ventajas que de otro modo no alcanzaria este género de tributos.

Pero dejando á un lado este género de consideraciones, que se prestan á grandes desarrollos, volvamos á la villa objeto de este escrito, diciendo que el cambio de alimentos y la consecuencia de la agitada vida anterior produjeron muchas enfermedades, en especial pertinaces disenterías. Muchas personas que por una tension nerviosa, y gracias á esfuerzos morales habian resistido la carestia y fatigas del sitio, cayeron despues enfermas. Se ha notado tambien que los niños nacidos en las bodegas ó lonjas, llamados por esto *longinos*, han sufrido una gran mortandad.

Una vez entrada la vida en un aspecto normal, dediqué unos días á recorrer los alrededores de la poblacion, no sin algun riesgo, porque las avanzadas carlistas se acercan mucho, y los campos de batalla, así como á ordenar mis apuntes y sacar de éstos lo que ya he relatado. Ello es el resumen de las principales cuestiones referentes al sitio de Bilbao de 1874, tal como yo las entiendo. Ninguna mira ulterior me he propuesto al escribir estas líneas, ni tengo deudas de ningun género con las personas que en ellas figu-